

Prólogo

Hacer una genealogía sobre la colonización fenicia de la Península Ibérica es una tarea abocada, si no al fracaso, sí a la provisionalidad porque, como se ha demostrado en las dos últimas décadas, los avances y las novedades han sido muy significativos y están proporcionando una visión del proceso histórico mucho más matizada y rica en detalles. No nos referimos sólo a las nuevas investigaciones arqueológicas, muy significativas en lo que se refiere a aspectos cronológicos, geográficos –sus límites se han expandido notablemente– y funcionales, sino también a los planteamientos metodológicos y epistemológicos. En este último aspecto, y en concordancia con las preocupaciones de los tiempos actuales, ha habido un creciente interés en la identidad de los fenicios, tanto en la proyectada por aquellos pueblos desde sus propios valores culturales (israelitas, griegos, romanos), como también en la autoconciencia como comunidad, si es que podemos hablar en singular y no referirnos a comunidades en plural. En esta línea se sitúa el libro que prologamos.

La historia empieza a mediados del siglo IX a.C., cuando grupos de colonos provenientes de la ciudad de Tiro, en la región de Canaán –la actual Líbano– se instalaron en las costas del sur de la Península Ibérica, en lugares como la bahía de Málaga, Cádiz y Huelva. Su objetivo inicial debió ser el comercio de los metales preciosos de Tarteso, especialmente la plata de Sierra Morena occidental. Con la llegada de estos primeros colonos se inicia la historia de los fenicios en el extremo Occidente, un proceso histórico de alrededor de un milenio de duración que acabaría con la integración de estas comunidades en las estructuras políticas, sociales y culturales del Imperio romano. La historia de los fenicios en Occidente bien puede constituir un ejemplo de lo que el gran historiador francés Fernand Braudel identificó como una estructura histórica de «larga duración».

Pese a que empleamos de forma convencional el nombre de «fenicios» para referirnos a estas comunidades de origen levantino, es bien sabido que no es este el nombre que ellas mismas se otorgaban para definirse, al menos en momentos tan antiguos. «Fenicios» es el nombre que los griegos utilizaron para referirse a las gentes de Tiro, Sidón o Biblos, entre otras ciudades. La investigación moderna ha adoptado el nombre de fenicios para referirse a ese conjunto de poblaciones, organizadas en ciudades-estado autónomas, con marcada personalidad propia, pero que compartían una misma lengua y sistema de escritura, unas pautas culturales y un marco religioso común, y que protagonizan una diáspora ultramarina por el Mediterráneo y el Atlántico, en la que tiene especial protagonismo la ciudad-isla de Tiro.

El proceso histórico de las comunidades fenicias en el extremo Occidente es cada vez mejor conocido: su ámbito de implantación, sus asentamientos y necrópolis, sus pautas de organización económica, sus relaciones con las gentes locales, sus formas de vida, sus prácticas funerarias y creencias religiosas y, desde hace unos años, también hemos comenzado a conocer mejor sus formas de identidad colectiva, cuestión de enorme actualidad y sobre la que versa esta monografía.

La historia de las comunidades fenicias de la Península Ibérica atraviesa una serie de horizontes de características razonablemente bien definidas. Tras los primeros momentos de la implantación fenicia en Occidente en el siglo IX a.C. en los lugares mencionados de Huelva, Cádiz y Málaga, los siglos VIII y VII a.C. constituyeron una etapa de consolidación y expansión de las comunidades de origen cananeo en la Península Ibérica –desde Portugal al Levante e Ibiza– y el norte de África –en la costa atlántica marroquí–. Es el periodo de auge de Tarteso y de las relaciones de las comunidades fenicias peninsulares con las poblaciones locales del Bajo Guadalquivir y Huelva, en cuyo mismo seno reconocemos la presencia de comunidades de proveniencia oriental, como evidencian los casos del emporio fenicio de Huelva o del santuario de El Carambolo, en Camas (Sevilla).

En este horizonte histórico plenamente colonial el ascendiente político, económico y religioso de Tiro, la metrópolis, entre las comunidades fenicias occidentales debió ser intenso. Este papel rector debió ejercerse a través de la colonia de *Gadir* –la actual Cádiz– y de su templo de Melqart –la divinidad tutelar tanto de la madre patria como de la más antigua y célebre de sus colonias occidentales– que constituyó una suerte de delegación del poder del Estado tirio en Occidente.

La identidad de las comunidades fenicias peninsulares en este periodo hubo de estar marcada por su carácter colonial y por los estrechos vínculos con Tiro y su dios Melqart. El *baal* de Tiro actuó como elemento de cohesión identitaria en Occidente, vinculando desde *Gadir* a las diversas comunidades fenicias diseminadas por la geografía peninsular, por lo general de escaso tamaño, y que se extendían desde, al menos, la desembocadura del río Tajo a *Ebusus*, en Ibiza, pasando por *Lixus*, en Marruecos. Por otra parte, sabemos de la existencia de grupos de población de origen oriental inscritos en comunidades locales, y también se documenta la presencia de población local en comunidades fenicias, como en el asentamiento de Cerro del Villar, en la desembocadura del Guadalhorce, en Málaga. Los procesos de hibridación y mestizaje entre gentes de origen local y gentes venidas de Oriente debieron estar a la orden del día y constituir un factor decisivo en los procesos de construcción de las identidades colectivas en el seno de estas comunidades entre los siglos IX y VI a.C.

El siglo VI a.C. supone un horizonte de cambios y transformaciones intensas tanto en el ámbito de las comunidades fenicias de Occidente como en el mundo indígena, donde, en el caso del área tartésica, se produjo la desaparición de los grupos de origen oriental allí instalados desde el siglo IX a.C. Entre las comunidades fenicias occidentales se documentan cambios importantes en el poblamiento, con el abandono de muchos de los asentamientos coloniales y la concentración de la población en algunos pocos centros estratégicos. Los cambios y novedades se extienden al ritual funerario y a las estrategias económicas, que pasan de centrarse en el comercio de los metales ibéricos a

la explotación de los recursos agropecuarios y, en especial, a la pesca, procesamiento y comercialización de salazones.

Sobre las causas de estos cambios se ha especulado mucho, atribuyéndolos a factores como la crisis generada en Oriente por la caída del Imperio neasirio –y su demanda de plata occidental– a manos del emergente poder del Imperio neobabilónico; al asedio y toma de Tiro por Nabucodonosor en 573 a.C.; o la propia crisis interna del mundo tartésico, con la desarticulación de su sistema económico basado en la exportación de metales.

En el seno de la sociedad fenicia de Occidente, este horizonte supone el tránsito de un marco identitario típicamente colonial, dominado por el ascendiente de Tiro, la metrópolis, a otro plenamente urbano, en el que se individualizan identidades cívicas en las comunidades en las que se concentra la población tras la crisis del siglo VI a.C., como *Lixus*, *Gadir*, *Malaka*, *Sexs*, *Abdera*, *Baria* o *Ebusus*. Serán estos marcos cívicos en los que, a partir de entonces y hasta la llegada de los romanos, se construya primariamente la identidad colectiva entre las comunidades fenicias de Occidente.

No obstante, pese a la desintegración del sistema colonial dependiente de la autoridad de Tiro, el papel simbólico de la metrópolis y de su dios tutelar Melqart siguió siendo significativo entre algunas comunidades fenicias de la diáspora, que llevaban a gala reivindicar el origen tirio de sus fundadores y el papel del dios Melqart en la creación de sus comunidades. Es el caso de Cartago, que compartía con *Gadir* un vínculo identitario basado en un común origen tirio, en el marco del cual parece explicarse un primer episodio de presencia militar cartaginesa en la Península Ibérica, en ayuda de los gaditanos, a mediados del siglo IV a.C. Esta expedición habría precedido en algo más de un siglo la conquista del sur peninsular, a partir del 237 a.C., por parte de los generales de la familia Barca: Amílcar, Asdrúbal y Aníbal.

Durante el periodo de dominio de los Bárcidas en Iberia (237-206 a.C.) se produjo la llegada al sur peninsular de contingentes de población norteafricana, provenientes tanto de zona de tradición cultural fenicia como de ámbitos locales bajo dominio cartaginés, que protagonizaron dinámicas de implantación territorial de diverso tipo en el sur peninsular, dando como resultado un complejo mosaico étnico e identitario. La victoria de Roma sobre Cartago en la Península Ibérica (206 a.C.), y su decisión de permanecer en la zona, abre un nuevo proceso histórico, habitualmente denominado «romanización», término cargado de problemáticas connotaciones historiográficas, como bien se explica en el trabajo que prologamos.

Francisco Machuca Prieto dedica esta obra a analizar el proceso de rearticulación de los marcos identitarios de las comunidades fenicias de Occidente a medida que se van integrando, en modalidades y ritmos diversos, en las estructuras de dominación del Estado romano. Se trata de un proceso que se inicia en 206 a.C., con el final de la Segunda Guerra Púnica en territorio ibérico, y culmina en época de los emperadores de la familia Flavia –Vespasiano, Tito y Domiciano–, en el último cuarto del siglo I d.C.

Esta obra constituye uno de los más brillantes frutos de la línea de investigación dedicada al estudio de las formas de construcción de las identidades étnicas y políticas en el mundo antiguo, y en la Península Ibérica en concreto, desarrollada en la Universidad de Málaga por Fernando Wulff Alonso y continuada por Gonzalo Cruz Andreotti y otros investigadores del *Grupo de Estudios Historiográficos* (HUM-394). Los trabajos de este grupo de investigación cuestionan el carácter esencialista de las identidades colectivas

en el mundo antiguo –tanto como en el actual– y, en cambio, las analizan atendiendo a su naturaleza dinámica y fluctuante, en dependencia de las coordenadas políticas y, en último término, de las necesidades de los estamentos de poder.

Francisco Machuca ha desarrollado estas claves de partida aplicándolas al caso de las comunidades fenicias de la Península Ibérica, con una riqueza de planteamientos y una profundidad en el análisis histórico sobresaliente. La obra que el lector tiene entre sus manos, derivada de la Tesis Doctoral que tuvimos el placer de dirigir, constituye un ejemplo de solidez metodológica, con un uso exhaustivo y eficiente de la documentación literaria, arqueológica, epigráfica y numismática. En esta época marcada por la tendencia hacia la hiperespecialización en áreas de conocimiento muy concretas, son tan valiosas como necesarias las investigaciones que, como en el caso que nos ocupa, son capaces de analizar con pericia y solvencia fuentes de muy diversa naturaleza, e integrar la información que proporcionan en una síntesis de profunda densidad histórica.

La obra que el lector tiene entre las manos posee numerosas virtudes, pero quizá la más destacable sea la concreción y desarrollo de una idea brillante, contenida en su título: *Una forma fenicia de ser romano*. El autor supera en este trabajo las perspectivas unidireccionales sobre la mal llamada «romanización» e identifica, entre las comunidades fenicias peninsulares bajo dominio romano, procesos de elaboración identitaria basados en la celebración de un antiguo origen fenicio. Se trataría de dinámicas de elaboración y reelaboración identitaria orientadas a prestigiarse en el marco de las estructuras del Imperio romano, que apelan a una «identidad fenicia» con connotaciones de gran antigüedad y alta cultura, pero vertebradas sobre un lenguaje típicamente helenístico y grecolatino.

El antiguo origen tirio de estas comunidades y el papel protagonista de Melqart-Heracles serían dos de los elementos claves de este discurso identitario, que el autor vincula a un proceso histórico muy concreto: la voluntad de las élites ciudadanas de las ciudades fenicias hispanas de prestigiarse en las nascentes estructuras del Imperio romano. Junto a la propia identidad cívica de cada una de estas comunidades, la reivindicación de una «identidad fenicia» no surge como una forma de «resistencia» frente al dominio de Roma, sino como una forma de reivindicar un pasado y una identidad prestigiosa en la variada galería de representaciones culturales que conformaban la «identidad romana» del Imperio. En definitiva, una forma fenicia de ser romano.

El autor integra esta sugerente propuesta en el marco de un completo análisis histórico-arqueológico, a través de capítulos que abordan la cuestión de la identidad y la etnicidad en el mundo antiguo; la identidad de los fenicios de la Península Ibérica; la consolidación de las identidades cívicas de estas comunidades frente a Cartago en el siglo III a.C.; y el proceso de integración política de las comunidades fenicias peninsulares en el Estado romano. Además de la pesquisa específica que guía el discurso, en torno a la construcción de una identidad fenicia en época romana, la obra contiene un lúcido relato del proceso histórico de las comunidades del sur peninsular en un momento especialmente dinámico y complejo: el que va desde la llegada de los cartagineses a la Península hasta la época de los emperadores flavios.

Las virtudes de la obra reflejan las del perfil investigador y académico de su autor. Francisco Machuca Prieto es un perfecto exponente de una brillante generación de jóvenes arqueólogos e historiadores llamada a afrontar los retos y objetivos del sistema español de ciencia en el futuro inmediato. Se trata de una generación de investigadores de formación

interdisciplinar, con una sólida base teórica y gran solvencia en el análisis de todo el elenco de fuentes disponibles. Es, además, una generación con una marcada proyección internacional, que se ha formado a través de estancias de investigación en los centros de excelencia y que ha establecido fructíferas redes de colaboración con colegas de universidades extranjeras. Francisco Machuca es un exponente de lo mejor de esta generación, alguien que aborda cuestiones de enorme relevancia, como es la de las identidades étnicas y políticas, desde una certera y lúcida convicción: la de que las identidades colectivas, étnicas y políticas son construcciones culturales cambiantes y que dependen siempre de intereses de poder, y por ello es tan necesario desentrañar sus claves constitutivas.

Francisco Machuca encarna de manera modélica los valores que la Universidad española necesita para el futuro: sólida formación, proyección internacional, inteligencia y rigor en el análisis textual y arqueológico y, lo que quizá sea más importante, un fuerte compromiso personal por la defensa de lo público y lo común. Creemos que investigaciones como las que se contienen en esta obra son más necesarias hoy que nunca, pues constituyen un referente de lucidez en un panorama crecientemente marcado por el discurso del nacionalismo, de la irracionalidad y del fervor esencialista.

Manuel Álvarez Martí-Aguilar
Eduardo Ferrer Albelda

Introducción

Este libro constituye una versión con ligeras modificaciones de mi tesis doctoral, leída y defendida públicamente el 5 de junio del 2017 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga. El trabajo comenzó a adquirir forma en 2012 a partir de la solicitud de una ayuda de Formación de Profesorado Universitario que me fue concedida a principios del siguiente por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, siendo adscrita al hoy Departamento de Ciencias Históricas de la mencionada universidad. Sirvan estas líneas iniciales para, antes que nada, mostrar mi gratitud a mis dos directores de tesis, los profesores Dr. Manuel Álvarez Martí-Aguilar y Dr. Eduardo Ferrer Albelda, por su abierta disposición a guiar y tutelar mi investigación, pues sin su apoyo difícilmente el presente texto podría haber visto la luz. Sus consejos y sugerencias críticas, constantes a lo largo de todo este tiempo, han permitido que pudiera superar los obstáculos que han ido apareciendo, a la vez que han enriquecido enormemente mis ideas y enfoques, ganándose por ello mi admiración y, sobre todo, mi cariño. Cualquier apelativo favorable que este trabajo pudiera merecer se debe en exclusividad a ellos. Los errores e inexactitudes, en cambio, son responsabilidad tan sólo mía.

Nuestro trabajo, intentando resumirlo en pocas palabras, constituye un análisis del proceso de integración de las comunidades de origen y tradición fenicia del sur la Península Ibérica en las estructuras de dominación del *imperium romanum*, desde el final de la Segunda Guerra Púnica en 206 a. n. e. hasta época de los emperadores flavios, en el último cuarto del siglo I (Fig. 1), centrado sobre todo en las dimensiones cultural e identitaria del referido proceso. La investigación, sustentada en el estudio de la documentación literaria, arqueológica, epigráfica y numismática existente, está principalmente orientada a explicar los mecanismos de construcción de identidad colectiva, así como sus formas de expresión, que según creemos se generaron en el seno de dichas comunidades, en paralelo a la transformación que viven hasta quedar constituidas en *ciuitates* romanas. Se ha pretendido también superar las clásicas perspectivas unidireccionales acerca del mal llamado proceso de «romanización», lo cual nos lleva a reinterpretar las conocidas «pervivencias» culturales fenicias, que aquí hemos preferido denominar «continuidades», como un reflejo de la posible existencia de elaboraciones y reelaboraciones identitarias a partir de componentes real o pretendidamente antiguos con fines de legitimación dentro del dinámico mundo romano. Estos planteamientos, por cierto, se integraron desde el inicio fielmente en los postulados de partida y objetivos del Proyecto de Investigación HAR2010-14893 MICINN: *La construcción de la identidad fenicia en el Imperio romano*, dirigido por el Dr. Manuel Álvarez Martí-Aguilar y del que yo mismo formé parte hasta su finalización.

El marco teórico del que partimos asienta sobre dos pilares. Uno lo conforman los enfoques que entienden el mundo social como una construcción, deudores del postestructuralismo de la segunda mitad del siglo XX, muy en especial de las teorías sociológicas de autores como Stuart Hall y Pierre Bourdieu, pero en parte también de la Antropología instrumentalista que representa, entre muchos, Fredrik Barth. El otro puntal teórico radica en las corrientes poscoloniales, con una influencia creciente dentro de la Arqueología y la Historia Antigua, puesto que han abierto un gran abanico de posibilidades analíticas e interpretativas, tanto por romper con el esencialismo que imperaba más de lo deseado en ambas disciplinas como, sobre todo, por su contribución a tener en cuenta las realidades intermedias, los procesos de hibridación cultural y el papel activo de las poblaciones locales en el estudio de los contextos y situaciones coloniales de la Antigüedad.

La cuestión central que nos ocupa, es decir, la historia de las comunidades fenicias peninsulares bajo Roma, ha sido estudiada de un modo sobresaliente en múltiples trabajos por J. L. López Castro, entre los cuales despunta una detallada monografía titulada *Hispania Poena: los fenicios en la Hispania romana* (1995). No resulta exagerado decir, pensamos, que esta obra representa un auténtico hito de la historiografía española, pues gracias a su publicación quedó por fin cercenada la acentuada tendencia a considerar que la victoria de Publio Cornelio Escipión sobre los cartagineses en el año 206 a. n. e. supuso la desaparición de los fenicios del solar ibérico. Es de destacar que, en ella, el mencionado autor prestara especial atención a los factores económicos y sociales del proceso de integración protagonizado por esas comunidades fenicias, en consonancia con las corrientes historiográficas dominantes en la época. Sin embargo, cuando han pasado ya más de dos décadas desde que dicho estudio viera la luz, una revisión del tema se hace conveniente, fundamentalmente a tenor de los nuevos datos y las nuevas interpretaciones y enfoques teóricos. Ni mucho menos quiere esto decir que el conocimiento adquirido sobre el proceso histórico de las comunidades fenicias del sur peninsular bajo poder romano gracias a la intensa, sólida y minuciosa labor investigadora de López Castro sea insuficiente, antes al contrario, dado que sus planteamientos representan indudablemente un punto de partida ineludible y necesario para todo historiador que quiera abordar el estudio de los últimos siglos de presencia fenicia en el Extremo Occidente. En este sentido, puede decirse que sus contribuciones son las que realmente permiten la posibilidad de desplegar aproximaciones que ponen la mirada sobre fenómenos nuevos y complementarios de esa realidad histórica, como son los vinculados a la identidad, la etnicidad y las continuidades culturales.

En los últimos años hemos asistido a un auténtico cuestionamiento de las explicaciones más tradicionales acerca del proceso de integración en el mundo romano por exagerar la homogeneidad de las realidades provinciales. Estas, según señalan las nuevas visiones (Webster y Cooper 1996; Herring y Lomas 2000; Laurence y Berry 2001; Roymans 2004; Cruz Andreotti y Mora 2004; Hingley 2005; Wallece-Hadrill 2007; Van Dommelen y Terrenato 2007; Whitmarsh 2010; Mattingly 2011; Caballos y Lefebvre 2011; Häussler 2013; Revell 2015), se caracterizarían por la diversidad y yuxtaposición identitaria. En efecto, es común ver ya señalado que si por algo se define a escala global la acción romana respecto a las provincias, sobre todo a partir de Augusto, es por propiciar una reestructuración de las identidades de las comunidades sometidas para adaptarse a los marcos de poder que impone la potencia hegemónica. En verdad, el *quid* de la cuestión es

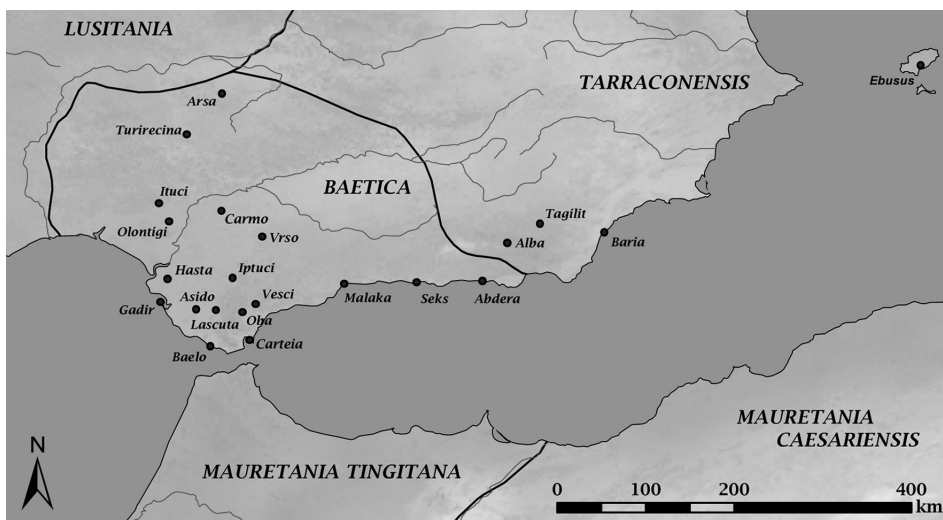


Figura 1. Ciudades fenicias y de tradición fenicia del sur de la Península Ibérica en las primeras décadas del siglo I. Elaboración propia.

llegar a conocer qué significó verdaderamente «ser romano», teniendo en cuenta que nos encontramos ante un mundo en el que la legitimidad y el prestigio se proyectan siempre hacia el pasado, los orígenes y el mundo de los ancestros.

Son en tales consideraciones en las que nos basamos inicialmente para acometer nuestro estudio. La hipótesis de la que partimos resulta bien sencilla: a partir de la llegada de Roma a la Península Ibérica pudo tener lugar entre las comunidades fenicias asentadas en ella, como *Gades*, *Malaca* o *Seks*, haciendo mención a varias de las destacadas, un proceso de construcción identitaria que, vinculado a su paulatina integración en las estructuras del nuevo poder romano, tomó como base una serie de elementos culturales que marcaban su especificidad frente a otras identidades coetáneas mediante la conexión con un ancestral y prestigioso pasado. Dos serían los componentes nucleares de este proceso, la reivindicación de unos orígenes comunes, verdaderos o putativos, que enraízan con la ciudad de Tiro, antiquísima metrópolis, y la figura de Melqart, no sólo por ser la divinidad tutelar de dicha urbe, sino también por ser el dios fundador por antonomasia dentro del ámbito fenicio.

Es nuestro propósito general explicar por qué y cómo sucede ello. Sobre la primera pregunta, todavía estando en la introducción, creemos preceptivo exponer, siquiera someramente, que esta elaboración de un discurso identitario propio dentro de un horizonte cronológico fundamentalmente helenístico-romano se explicaría en gran medida por las necesidades de legitimación política de las élites de esas ciudades referidas, inmersas de lleno en el complejo juego de oposiciones y agregaciones identitarias que sustentaban las estructuras ideológicas del *imperium romanum*. De esta manera, conviviendo con las identidades cívicas municipales, que constituyen el marco de referencia identitaria más importante dentro del mundo romano, se generará lo que podemos considerar constituye

una nueva «identidad fenicia» que hasta entonces no habría existido como tal, sobre todo debido a la pretensión de estas comunidades y sus aristocracias por conseguir una posición lo más favorable posible en la recomposición de poderes y jerarquías de un sistema político como el del Imperio romano, ciertamente flexible en su capacidad de integración de las poblaciones conquistadas. En cuanto al cómo, la hipótesis que sostenemos pasa por considerar que buena parte de esa identidad estaría ligada a la recepción, por parte de esas oligarquías, de la «imagen étnica», en esencia positiva, que de los fenicios –*phoinikés*– encontramos en ciertos autores del período helenístico, como Diodoro Sículo o Estrabón, un fenómeno de asimilación que no es sólo identificable en la Hispania romana, sino que también se evidencia en otras áreas del Mediterráneo, como es la propia Fenicia, tal cual fue estudiado ya en su momento por Fergus Millar en un trabajo del año 1983 que es referencia obligada para nosotros. En términos poscoloniales, estaríamos hablando de ver cómo los escritores griegos y romanos construyeron discursivamente al otro, pero también de qué manera ese otro se representaba a sí mismo empleando los instrumentos que a su disposición se ponen en combinación con los suyos propios.

La construcción de esta identidad, de fuerte componente fenicio, no se opondría excluyentemente a la «identidad romana», sino que se integraría en la compleja galería de identidades que sustentaban el edificio imperial. Es precisamente a ello a lo que remite lo que aquí llamamos, dando incluso nombre al título del libro, una «forma fenicia de ser romano». Desde nuestro punto de vista, las identidades, incluidas las identidades étnicas, no surgen de manera natural ni se desarrollan independientemente de los individuos, grupos y sociedades. Tampoco permanecen inalterables a lo largo del tiempo, sino que son cambiantes, fluidas. Son construcciones sociales resultantes de los anhelos, el contexto y las coyunturas históricas que propician su génesis y posterior despliegue. Hablando en concreto de las poblaciones fenicias peninsulares, tanto las fuentes literarias como las arqueológicas lo que nos dicen al respecto es que al menos desde el siglo VI a. n. e. hasta bien entrado el período romano la noción que eminentemente funciona como generadora de lazos de cohesión en el seno de cada ciudad específica es la de «comunidad cívica». Deudores, como somos, de las visiones de M. Álvarez Martí-Aguilar y E. Ferrer Albelda, pensamos –y así se plasma en el trabajo– que las comunidades fenicias del Extremo Occidente durante la Segunda Edad del Hierro, lejos de presentar una homogeneidad étnica manifiesta, se caracterizarían por lo contrario: a pesar de compartir una lengua, una religión y unas tradiciones comunes, cuyo carácter referencial no se puede minusvalorar bajo ningún caso, en ellas se observa un grado más o menos alto de individualización política pivotando en torno a esa idea de «comunidad cívica» que se retrotrae, de hecho, a los primeros momentos de la diáspora colonial. Según nuestro enfoque, serán las transformaciones producidas por la conquista romana el auténtico estímulo que motivó la configuración, en base a criterios ya sí étnicos, de una «identidad fenicia» compartida aparentemente por amplios sectores de estas comunidades, con un trasfondo antes que nada político, para su autorreconocimiento.

En tanto que aquí tratamos sobre la integración en las estructuras romanas de unas comunidades concretas, las de origen fenicio, nos ha interesado también discernir la auténtica naturaleza del proceso comúnmente conocido como «romanización», término del que hemos intentado huir siempre que ha sido posible. Lo consideramos impreciso y no acorde con la dimensión doble, incluso híbrida en ocasiones, del fenómeno en cuestión.

Resaltar este aspecto es, sin ninguna duda, otro de los objetivos que nos hemos marcado. Para ello, como ya se ha apuntado, hemos recurrido a los postulados poscoloniales, los cuales, sin embargo, ni mucho menos constituyen un cuerpo teórico homogéneo. A grandes rasgos, son tres las aproximaciones a la «romanización» que desde este ámbito se han realizado. La primera, de tendencia nativista y partiendo de la obra de Marcel Bénabou, presta atención principalmente a las resistencias contra la dominación colonial. A esta visión, como decimos, le suceden dos más, en cierto modo excluyentes respecto a ella: una centrada en estudiar cómo se representa a los colonizados —el denominado «análisis del discurso colonial»— (v. gr. Webster 1994) y la otra, que es la que en realidad nos interesa, tendente a evidenciar la flexibilidad manifiesta de esa «romanización», que ha pasado a ser conceptualmente interpretada como «negociación», «encuentro», «criollización» o «bricolage cultural», con lo que se enfatizan las múltiples variables locales y los fenómenos de hibridación cultural bajo la premisa de que «siempre hay dos versiones en cada historia» (Woolf 1998; Jiménez 2008a; Mattingly 2011; Häußler 2013). Lo que pretenden demostrar los distintos investigadores insertos en esta última corriente, aparte de certificar la ausencia de uniformidad dentro del contexto imperial romano, el cual transita constantemente entre la unidad y la diversidad, entre «lo local» y «lo global», es que la perduración de elementos culturales enraizados en la tradición anterior a la llegada de Roma no significa, a la fuerza, una resistencia activa y hostil frente a los modos romanos. Al contrario, esa continuidad es vista como una renovación, un medio para dar rienda suelta a la integración sin renunciar a los particularismos, por lo que el resultado siempre será distinto en cada momento y lugar.

Por otro lado, la utilización de los modernos términos «fenicio» y «púnico» en todas sus variantes, como se sabe, también ha generado arduos debates historiográficos en las últimas décadas, sin que se haya llegado a un consenso unánime sobre qué terminología usar (Acquaro 1982; Bunnens 1983; Moscati 1988b; Costa y Fernández 1991; López Castro 1993; 1995, 9-10; Ferrer Albelda 1996a; Aubet 2009, 22-23; Prag 2014). Aquí hemos optado por emplear el primero de ellos, pues lo consideramos más ajustado a la realidad peninsular estudiada, en tanto que hay sobradas evidencias para sostener que entre el horizonte colonial fenicio de los siglos IX-VII a. n. e. y el que más adelante se abre a partir de la Segunda Edad del Hierro, cuando justamente los investigadores empiezan a hablar de «púnicos», existe una constatada continuidad demográfica y cultural que hace innecesaria dicha división. Además, así eludimos el problema de las connotaciones negativas que en el pasado reciente, no ya hoy, pero creemos que tampoco de forma generalizada en la Antigüedad (Gruen 2010), pudiera encerrar la palabra «púnicos» por su vinculación al ámbito cartaginés. De todas formas, tenemos claro que «fenicios» es una mera categoría artificial de utilidad para la moderna investigación, pues por más que existan elementos comunes entre las distintas comunidades del Mediterráneo oriental y occidental que agrupamos bajo ella, estas no llegaron a utilizarla para denominarse a sí mismas sino en todo caso —y ello ofrece algunas dudas— hasta un momento tardío, como podría estar mostrando la *Historia Phoenicia* de Filón de Biblos, autor del siglo II de n. e. Al respecto, nos parece importante la advertencia que hace Xella (2014) sobre la inexistencia en el Bronce Final y a lo largo de la Edad del Hierro de una «identidad étnica» fenicia como tal, sobre todo en la zona levantina del Mediterráneo, sino que, según su opinión —y la nuestra—, lo que debió existir durante dicho tiempo fue una fuerte consciencia cívica entre

todas aquellas comunidades que hoy día englobábamos bajo la etiqueta «fenicios». Más que una tajante y definitiva asunción de los etnónimos grecolatinos *-phoînix-phoînikes* y *phoenix-phoenices-*, nuestra hipótesis defiende ante todo que lo que los «fenicios» del Extremo Occidente hacen a partir del periodo romano, al igual que los de Oriente, es asimilar los rasgos culturales positivos que esas denominaciones conllevan junto a un consciente reforzamiento de su propia cultura. La combinación de ambos ejes, insistimos de nuevo, actuaría como marco de identificación frente a otros pueblos y comunidades que también habían quedado integrados dentro de las estructuras del Imperio romano.

Existen unas pocas ocasiones, no obstante, en que las circunstancias bajo las que escribimos nos obligarán a usar el término «púnico», sobre todo por nuestra intención de respetar la literalidad de ciertas citas o ideas tomadas de otros autores. En estos casos, el uso que se hace de la palabra es siempre exclusivamente cronológico, sin contenido político, étnico o cultural. Hay quien, de hecho, señala que su empleo a efectos de periodización no tiene por qué rechazarse (Ferrer Albelda 1996a, 116; Costa y Hernández 1991). Desde este punto de vista, púnicos serían todos los territorios colonizados por los fenicios en el Mediterráneo centro-occidental que tras la caída de Tiro en 573 a. n. e. a manos del babilonio Nabucodonosor II se convirtieron en áreas con entidad propia, independientemente de la relación política, económica y cultural que mantuvieran con Cartago. Se estaría hablando *grosso modo* de Cerdeña, Sicilia, las costas del norte de África, Ibiza y la Península Ibérica.

No puedo terminar estos párrafos sin mostrar mi más sincero agradecimiento a todas las personas que han hecho posible la culminación de este trabajo, tanto por sus apoyos como por sus contribuciones científicas. Así, en primer lugar, las palabras de aprecio y admiración hacia mis dos directores quiero hacerlas ahora extensibles a Fernando Wulff Alonso, Gonzalo Cruz Andreotti y Clelia Martínez Maza. Al primero le debo, ya desde que fuera alumno suyo, el haberme sabido transmitir la importancia de contar con una sólida formación teórica y la conciencia de nuestra labor social en tanto que historiadores. Al segundo, que no dudara en compartir humildemente sus recursos y saberes —y no sólo— con un investigador predoctoral como yo. Ambos, en todo caso, han abierto gentilmente las puertas de sus despachos siempre que lo requerí. Por eso les doy también las gracias. En lo que respecta a Clelia, aun cuando considerará que únicamente hizo lo que le correspondía por su trabajo, creo que estas palabras se quedan cortas a la hora de expresar mi enorme gratitud hacia ella debido a su desinteresado apoyo y a la ayuda prestada a lo largo de estos años. Vaya mi agradecimiento igualmente para el resto de compañeros y compañeras que tuve en el área de Historia Antigua y el departamento de Ciencias Históricas, en especial a la Dra. Alicia Marchant Rivera y a los Drs. Rafael Chenoll, Bartolomé Mora Serrano e Ignacio Marqués Melero. Mención aparte merece la Dra. María Teresa López Beltrán, cuyas muestras de cariño, bondad y complicidad siempre serán ciertamente difíciles de olvidar.

Agradecimiento franco también para el que fue mi compañero de despacho durante un año, Alejandro Díaz Fernández, con quien intercambié hipótesis, ideas, opiniones y alguna que otra risa, compartidas posteriormente con Encarni Castro Páez. Quiero expresar igualmente mi reconocimiento a M.^a Ángeles Prieto Olmo, Araceli Serrano Jiménez y Marina Donaire Jiménez, a quienes les agradezco las facilidades dadas en cuestiones administrativas y burocráticas. También he de mencionar la estimable ayuda prestada, tanto durante la

confección de la tesis como de este mismo libro, ante mis recurrentes demandas, por parte de todo el personal de la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras.

Doy las gracias a los responsables que posibilitaron con su firma la realización durante mi período formativo de tres estancias de investigación, en los años 2013, 2014 y 2016: Richard Hingley, de la Universidad de Durham; Massimo Botto, del Istituto di Studi sul Mediterraneo Antico de Roma, y Josephine Quinn, de la Universidad de Oxford. A través de estas estancias predoctorales tuve la oportunidad de conocer un sinfín de compañeros, becarios e investigadores, entre ellos Juan Piquero, Diego Escámez y, sobre todo, Toni Naco del Hoyo, a quien desde aquí me gustaría reconocer su amable ayuda profesional y personal, así como su simpatía y buen criterio. Las charlas y debates con él mantenidos a las puertas de la Sackler Library o en el comedor del Balliol College nutrieron los análisis de mi investigación. Aprecio, de la misma forma, los meritorios comentarios de índole arqueológica realizados por Alejandro Pérez-Malumbres. Agradezco también a José Luis Escacena Carrasco, Francisco José García Fernández y Pierre Moret, junto a los ya anteriormente citados Fernando Wulff Alonso, Gonzalo Cruz Andreotti, Bartolomé Mora Serrano y Josephine Quinn, el haber formado parte del grupo investigador que avaló mi solicitud de ayuda FPU. Su dilatado historial de trabajo y su talla científica facilitó, sin duda, que dicha beca predoctoral me fuera concedida. A Pierre, le agradezco además sus certeros comentarios sobre la tesis doctoral, que, sumados a los de Ana M. Arruda, Giuseppe Garbati y José Luis López Castro, han contribuido a pulir detalles de cara al presente libro. A las Dras. Helena Jiménez Vialás, del *Proyecto Carteia*, y Ana M.^a Niveau de Villedary y Mariñas les mando mi afecto por su apreciable colaboración en la parte gráfica, así como también a los Drs. Fernando Prados Martínez, del *Proyecto MCB-UA*, y Enrique García Vargas.

Asimismo, he de mencionar a Antonio Rodríguez Feijoó y Aurora Romero, de los que aprendí profundamente aún estando en el instituto Sierra Blanca de Marbella. Su pasión docente la he llevado siempre conmigo. Quiero también citar al profesor Manuel Morales Muñoz, quien me hizo ver, ya en mis años de universidad, que el rigor a la hora de enseñar no está reñido con el humor. Su ejemplo ha sido con el tiempo muy valioso para mí.

De un modo especial, tengo finalmente que acordarme de todas aquellas personas con las que comparto, o lo intento, el día a día. Para ellas son mis agradecimientos más sinceros. Primero, por obvio que resulte, agradezco a mi familia: a mi madre y a mi padre, a los que he dedicado este libro; a mis abuelas, a quienes difícilmente sé devolverles todo el amor que me expresan; a mis tíos, tías y primos, que siempre han estado pendientes de cómo ha ido discurriendo mi desempeño; y a Gabriela y Ana María, mis pequeñas primas, con las que he jugado mucho menos de lo que a los tres nos hubiera gustado. Después, a mis amigos: los que siempre han estado ahí, Dani, Goncho, José, Darío, Alba, Luna, Ate y Yendéh; y también los que he ido haciendo desde que empecé a vivir hace ya más casi quince años en Málaga: Javi, Santi, Ángel, Kike, Juan, Marta, Jocape, Nacho, Eli, Germán, Dita, Larissa, Antonio, Carmen, las Ana, los dos Carlos, Rocío, Amanda, Wilson, Floren, Toret, Wyncho y tantos más. A unos y otros les doy las gracias por no reprocharme el descuido de su compañía y perdonar mis frecuentes y abruptas retiradas. Por último, gracias a la Casa Invisible, a toda ella en sí misma, por no dejar resquicio alguno al desaliento. A Emilia, por su infranqueable paciencia. Y gracias también a mi abuelo Pepe. Su orgullo si hubiera visto terminado este libro podría ser únicamente comparable con su orgullo bético.